La vida de José Revueltas es una vida de luchas políticas, de buscar en la filosofía marxista las claves de un mejor desarrollo humano. Pero asimismo una vida dedicada al arte, como pocos. Revueltas dedicó su vida a una literatura intensa, llena de personajes trágicos e historias descarnadas. Hasta sólo algunos críticos de manera aislada, han trabajado estudiando su vida. Destacada la biografía realizada por Álvaro Ruiz Abreu. Ahora, un amigo cercano al autor de *El apando*, Roberto Escudero, un hombre formado en la izquierda revolucionaria, ha publicado en la UAM un libro notable: *Un año en la vida de José Revueltas*. Esta obra refleja con precisión una polémica ocurrida en 1950 entre Revueltas y Vicente Lombardo Toledano, Enrique Ramírez y Ramírez, Antonio Rodríguez y Pablo Neruda. Los últimos fueron duros adversarios de la estética del novelista, la consideraban contraria a los intereses del socialismo llamado real, al PCUS y, desde luego, a la figura de Stalin y del hacedor de recetas artísticas, Zdhanov. Llama la atención que Revueltas se defienda con poco coraje, más bien parece aceptar, resignado, las críticas de aquellas figuras. Si embargo, el tiempo modificó la situación y hoy la argumentación usada contra el literato marxista ha perdido toda credibilidad y sus posturas críticas han crecido, como su literatura, mientras que el realismo socialista ha quedado sepultado.

El texto que comenta el libro de Roberto Escudero sobre José Revueltas, es de nuestro director, René Avilés Fabila, quien compartió con uno y otros muchos momentos difíciles y fue leído durante la presentación de la obra en la UAM-X, en compañía del autor, de la hija mayor de José Revueltas, Andrea, Federico Novelo y Álvaro Ruiz Abreu. Lo damos a conocer porque consideramos que falta mucho análisis para valorar tanto la militancia de Revueltas como su notable obra literaria.

El Búho

Un año en la vida de José Revueltas *de Roberto Escudero*

René Avilés Fabila

En la fotografía que ilustra la portada del libro de Roberto Escudero, *Un año en la vida de José Revueltas*, recuerdo a José Revueltas tal como está en las fotos que lo caracterizaron entre multitud de jóvenes que de una u otra forma participaron en el movimiento del 68. Lo evoco insistentemente sin barba ni bigote, con traje y cierta formalidad. Lo vi por primera ocasión, imagino que alrededor de 1947 ó 1948, de la mano de mis padres. José estaba con su primera esposa Olivia Peralta tan semejante a mi madre, nacidas el mismo año, ambas maestras normalistas, las dos casadas con hombres infieles, y recuerdo vagamente la familiaridad y el afecto con los que se trataban. Estuve en presencia de un hombre afable, lleno de vida, optimista, cariñoso, luego de una brutal guerra donde el Ejército Rojo había derrotado a las poderosas divisiones nazis. Era el comienzo de la Guerra Fría y sin duda la época en que Stalin consolidó las victorias pírricas que estaban condenando a la URSS y al llamado socialismo real a desaparecer.

No ingresé a la militancia a través de la Juventud Comunista, poco antes del bachillerato, en 1959, lo hice en el Partido Obrero Campesino donde ya tenía amigos que alardeaban su combatividad marxista. Al ingresar en la preparatoria número 7, entonces en Licenciado Verdad y Guatemala, me acerqué a los comunistas, el hecho me resultaba natural, eran parte de la vida de mi padre. En esos momentos en que Cuba intentaba fortalecer la revolución que había triunfado fue que conocí en una cervecería a Roberto Escudero y se inició una amis-

tad peculiar, cordial, respetuosa y distante. La plática inicial pasó por Revueltas pues el tema inicial era Sergio Magaña y sus personajes descarnados, de barrios bajos, del lumpenproletariado. Bebimos. Al menos yo, tenía algunas horas de vuelo. Luego, seguimos encontrándonos porque México, el D.F, era pequeño y toda la vida cultural estaba todavía situada en el viejo centro y apenas arrancaba en el sur, atraída por la inmensidad de la Ciudad Universitaria. De cualquier manera, siempre tuve respeto y aprecio por Roberto Escudero, era más lo que nos unía que aquello que nos distanciaba. Pronto nos encontraríamos involucrados en el movimiento estudiantil de 68 y una y otra vez alrededor de José Revueltas. Él era un dirigente hábil e inteligente, yo un escritor que apenas había publicado un par de libros. Me limité a participar en las marchas y en multitud de reuniones en mi escuela, la hoy Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Es la derrota brutal del 2 de octubre lo que nos permite mayores encuentros, los vencidos toman distintas rutas. Yo no era más que un participante activo que estaba en tránsito a titularse e irse a estudiar a Francia, recién expulsado del Partido Comunista. Para personajes como Pablo Gómez y Arnoldo Martínez Verdugo tenía lazos con Trotsky, al menos así me lo hizo saber un grupo de camaradas que me entregaron la carta de expulsión. Lo había leído poco y todavía no aparecían en español los libros de Isaac Deutscher, pero yo era al menos un comunista atípico, tenía algo imperdonable: sentido del humor y una actitud crítica que no me dejaban ser un simple aceptaconsignas.

En Europa entré por mera casualidad en contacto con un antiguo camarada, Guillermo Rousset Banda, quien trataba de obtener dinero y gente para hacer la revolución en México. A su alrededor estaban mexicanos que parecían comunistas en busca de identidad y todos estábamos bajo la dirección de Michel Pablo, un trotsquista extraño que deseaba unir a los ex comunistas para derrotar a los comunistas e imponer al fin el pensamiento del viejo bolchevique asesinado en Coyoacán. Esto aparece narrado, con algún disimulo, en un libro irónico llamado *Memorias de un comunista*. Aquello, mezcla de anarquistas españoles, trotsquistas griegos, jóvenes del Mayo 68 y cuatro mexicanos, fue el peor desastre y una costosa aventura que lanzó a Guillermo de regreso a México y lo puso al fin en una cárcel donde comenzó un excelente trabajo de traducción de Ezra Pound que le hizo ganar el Premio Villaurrutia y salir de prisión.

Ya en México nuevamente, en 1973, Juan Rejano, personaje del libro de Roberto Escudero, director del suplemento cultural de *El Nacional*, en el cual yo escribía, nos invitó a mí y a otros que permanecíamos lejos de la militancia a ingresar otra vez al Partido Comunista. Esta vez habló conmigo Gerardo Unzueta, quien ahora destaca como teórico ingenuo en *El Universal*. Valdría desde ahora señalar que mi vida periodística, así como la de mi amigo José Agustín arranca alrededor de 1962 ó 1963 en las páginas de un diario recién creado y que era avanzado, progresista, de izquierda atinada, *El Día*, que los jóvenes compraban con la misma avidez con la que ahora adquieren *La Jornada*. Su director era Enrique Ramírez y Ramírez (otro hombre multicitado por Escudero), un personaje para mí extraño que me había presentado mi padre, años atrás, en la redacción de *La Prensa*, donde ambos escribían. Finalmente acompañando de nuevo a mi padre fue que trabé relación con Vicente Lombardo

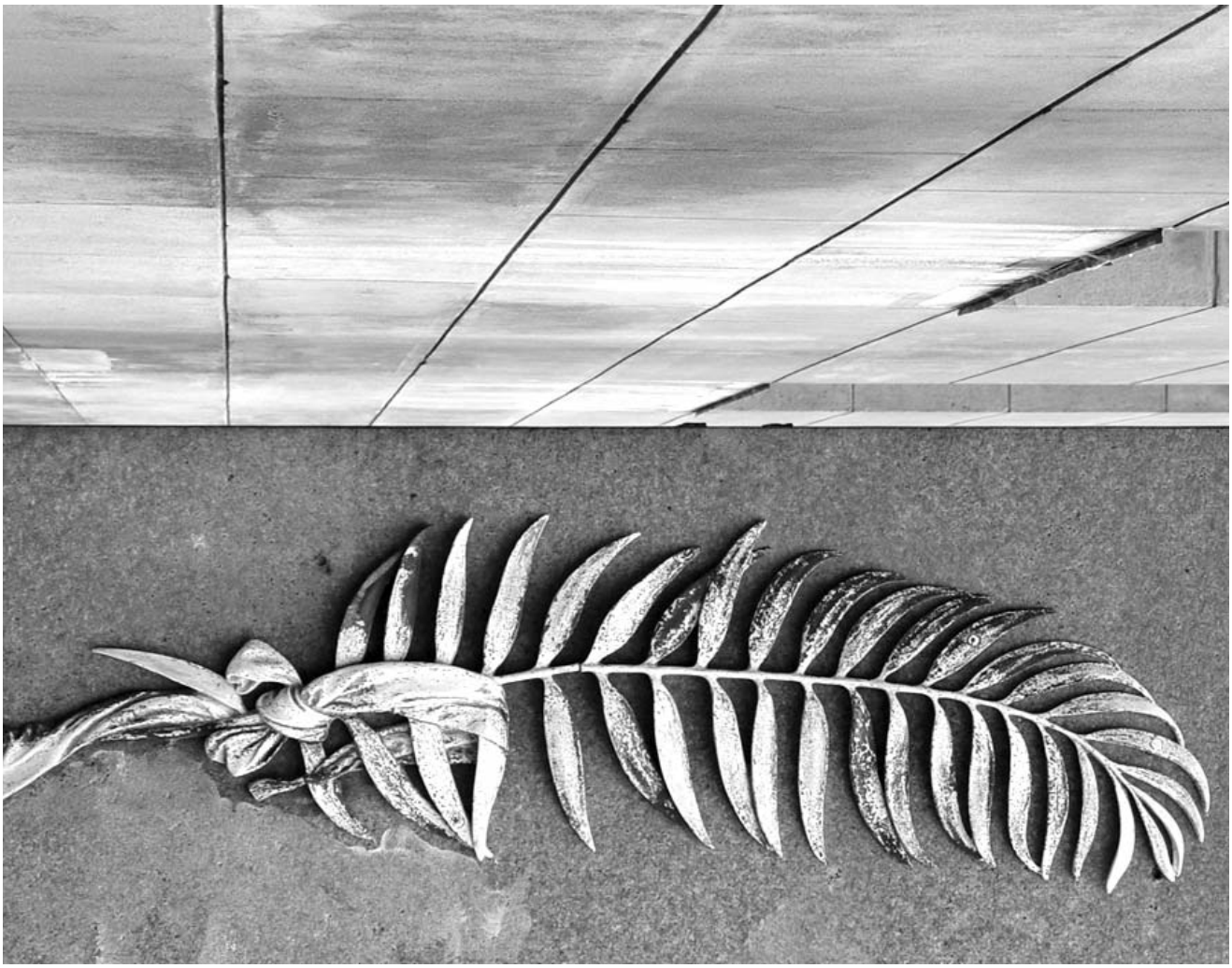
Toledano, quien ya tenía larga distancia con el PCM, lo que no me permitía admirar su brillantez como hombre erudito, creador de instituciones que a la fecha resisten en manos lamentables.

El mundo que Roberto Escudero pinta en su libro me es, ciertamente, familiar. Lo padecí, lo conozco bien. La diferencia es que yo no tendí a la tragedia, el buen humor me puso a salvo de las atrocidades que presencié. Debo añadir que la primera vez que me expulsaron del PC fue por maoísta, nunca lo fui, pero recuerdo haber escrito una cita suya en un artículo: "Que se abran cien flores que compitan cien escuelas ideológicas", en un intento por discrepar con Jruschov quien acababa de decirle a la humanidad que en materia de arte, pensaba como Stalin y Zdhanov. Quien más me apoyó para evitar la expulsión fue otro citado por Roberto, Antonio Rodríguez. Esta ridícula expulsión la tengo más fresca y sé los nombres de quienes me llevaron la consabida regañiza de Arnoldo Martínez Verdugo, ahora sólo me quedaba un título: compañero de ruta. Esto mientras los chinos y los soviéticos se rompían el hocico en una guerra brutal que mostraba que el internacionalismo proletario era una mera expresión discursiva. Vale la pena decir que la mayoría de quienes me expulsaban cada semana del PCM terminaron sus días (bueno, no todos, algunos han muerto) ocupando cargos importantes en el gobierno, mientras yo hice una carrera literaria y académica.

El libro de Roberto Escudero es una historia sórdida, de bajezas infinitas, que me pareció natural. Ése era el mundo de la izquierda comunista o de origen marxista, dividida, sectaria, dogmática, llena de odios y de razonamientos simplistas, amante de las cavernas y de la destrucción de sus semejantes. Como hoy son sus restos. Sólo que, me permito una frase de Marx que se ha hecho común, aquello fue tragedia, hoy el PRD y compañía es pura farsa. En aquel escenario, Revueltas era un hombre acosado por sus demonios, sufriente, apasionado con las ideas de Marx, no era un militante común, era un hombre que teorizaba con brillantez y tenía ideas novedosas, un extraño crítico que no estaba diseñado para aquellos tiempos tan dogmáticos y pro soviéticos. Jamás olvidaré las veces que me reprocharon que "eso no lo dice Lenin y menos Marx" y de nada valía defenderse diciendo que tampoco México era Rusia y menos estábamos en 1917. Recuerdo una idea de Lombardo que precisó en su estilo de frases largas, fue en el auditorio de Ciencias y yo iba con Víctor Flores Olea, quien a la menor provocación daba su tarjeta de presentación: *Víctor Flores Olea, filósofo marxista*, lo que me recordaba que en la secundaria José Agustín había mandado hacer una que decía su nombre entonces completo, Ramírez Gómez, y como profesión indicaba la de ateo. Lombardo Toledano habló, pues, de que el socialismo mexicano llegaría luego de una búsqueda propia y semejante a la que les permitió a los aztecas llegar al Valle de México y allí fundar su imperio. Esto es, tendríamos nuestra propia ruta al socialismo. Ningún camarada estuvo de acuerdo, en ese momento prevalecía la idea de la guerrilla, total, Fidel Castro y doce de los suyos, había escrito Pablo Neruda, mostraron que ése era el camino. Más de un compañero de mi edad, ya estaba en La Habana buscando la manera de que los cubanos les permitieran armas, entrenamiento y una suerte de Granma al revés. Pero si las polémicas tomaban a los comunistas desprevenidos porque estaban limitados a aceptar consignas pendejas la mayor parte

del tiempo y a las frases que venían del Comité Central, ahora provienen de ex priistas como AMLO o alguien peor, Ebrard.

Roberto Escudero narra de modo enfático la forma en que Revueltas se ve afectado por las severas, exageradas y brutales críticas de Enrique Ramírez y Ramírez, Antonio Rodríguez, Vicente Lombardo Toledano y ni más ni menos de Pablo Neruda, quien también solía abrumar a otro miembro de la generación de Pepe, la Taller, a Octavio Paz, al que veía como mocoso reaccionario. Si Lombardo dio una larga lucha por las ideas de Marx, la echó por la borda al señalar, poco antes de morir, que el movimiento del 68 era anarquista y que la Revolución Mexicana no había muerto y podía ser el tránsito hacia la socialista. Pero Enrique Ramírez y Ramírez, hoy olvidado tanto o más que Antonio Rodríguez, sí que era algo grandioso. Luego de comunista se hizo lombardista y nadie podía pasar con el maestro sin su consentimiento. Al final, el triunfo rotundo: el presidente López Mateos era su amigo y entonces le dijo quieres un diario, te presto dinero para que hagas uno y así nació *El Día*, sin duda un periódico alternativo y avanzado, muy avanzado hasta que se topó con una enorme piedra llamada 1968, allí Ramírez y Ramírez, quien ya había sido



Martha Velázquez

diputado federal, mostró que el mejor tránsito era el de la izquierda al PRI. Hoy lo es del PRI al PRD. Lo recuerdo como un hombre agudo, difícil, autoritario, y sin duda poco escrupuloso ideológicamente. Él aparece como personaje central en mi primera novela *Los juegos*, escrita en 1966 y publicada al año siguiente. Jamás olvidaré la furia de Ramírez y Ramírez y sus amigos, nunca me perdonaron en especial un capítulo donde Enrique debate con Flores Olea en algo que los medios anuncian como debate de pendejos.

Ellos son quienes le exigen, le demandan a José Revueltas que retire sus obras como *El cuadrante de la soledad* y *Los días terrenales*, y algo peor le exigen que cambie su visión ética y estética literaria. No es optimista, es derrotista, está en la lógica de ver a los desarrapados como seres despreciables, abyectos y a los comunistas como subhumanos. Había que ver al trabajador con certeza triunfal, bajo la lógica del estalinismo y el recetario del realismo socialista. Recuerdo en Moscú una infinita exposición de artes plásticas llamada "Cincuenta años de arte comunista". Todo era de calendario, retratos de obreros guapos y poderosos y de campesinas hermosas, mirando al cielo y empuñando hoces y martillos rodeados de un halo luminoso en tonos celestes. Predominaba el pobre Lenin siempre arengando a las masas victoriosas y claras en sus propósitos ideológicos. Y yo que en Leningrado pregunté con ingenuidad dónde podía ver el trabajo de Kandinsky o los cuadros que Picasso donó a la Unión Soviética en sus años de militante comunista.

Roberto reproduce las duras palabras de los críticos de Revueltas. Se sorprende con su indefensión, que no es otra cosa sino la forma natural de aceptar la militancia de aquella época dura, complicada, cuando el fascismo ascendía y todos miraban con ojos esperanzados a la Unión Soviética. Ella detendrá a las hordas fascistas y lo hizo, fue una costosa hazaña militar. Lo peor, sin duda, es el Pablo Neruda, tonante, que había escrito elegías a Stalin y que tuvo la atroz suerte de agonizar rodeado por sus verdaderos enemigos de clase, los fascistas de Pinochet, luego de haber visto sus casas saqueadas por la chusma fascista. Su crítica a José Revueltas es demoledora: lo separa de sus hermanos Silvestre y Fermín para señalarlo como prácticamente un traidor a la causa y al arte. Es curioso que el sentido maligno y genial de Borges le haya permitido decir que la poesía civil, es decir política, de Neruda, era superior a la amorosa. La verdad es que sigo amando a Pablo Neruda, he ido en peregrinación a la Isla Negra, entiendo que en esos complicados tiempos, no era fácil obtener claridad política. Confieso mi debilidad por el PCUS en mi juventud. En la adolescencia, tuve siempre una fotografía de Stalin en mi recámara.

Me queda claro que Revueltas tuvo aceptación en alto grado por el realismo socialista y que es probable que le haya pesado más de lo que podríamos suponer. En lo personal, conservo una anécdota: cuando concluí mi primer libro de cuentos fantásticos, *Hacia el fin del mundo*, en 1965, con una beca del Centro Mexicano de Escritores y estaba por editarlo en el Fondo de Cultura Económica, lo primero que hice fue dárselo a José Revueltas y a Ermilo Abreu Gómez, también marxista y ambos mis maestros y amigos. Pepe fue gentil y me dijo, son buenos, están bien escritos, ¿pero, muchacho, por qué haces evasión? Idéntica opinión recibí del autor de *Canek*. Quiere decir que el peso de las reglas del

realismo socialista ejercía una enorme influencia todavía en esa época. Lo extraño es que yo pensaba (pienso) que esos textos son una feroz crítica al capitalismo, pero desde una perspectiva de literatura fantástica, algo no cabalmente aceptado en aquellos tiempos. Kafka no encajaba en los altares del estalinismo y Borges era un condenado por la Casa de las Américas.

Pero Roberto también alude a una característica de José Revueltas: su sencillez, la ausencia de arrogancia. Contaba solamente con su decencia y su valor, el que había mostrado desde que casi niño fue a parar tras los muros de agua y que mantuvo hasta que culminó su vida literaria y militante en otra cárcel, Lecumberri. Fue un hombre enamorado locamente de la revolución, del cambio radical, de una ideología, la marxista, capaz de asimilar, como algunos creímos, otras formas de pensamiento compatibles y positivas, como las ideas de Sartre, quien como antes muchos surrealistas intentaron hacer la mezcla ideal: la vida y el arte, la revolución y la estética.

El libro de Escudero es un retrato perfecto de una época difícil y si bien están las voces elogiosas de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia, nada despreciables a favor de *Los días terrenales*, a Pepe parecen afectarlo grave, mortalmente, las duras e idiotas críticas de adversarios de mala fe y, por añadidura, equivocadas: la de sus falsos camaradas, las que en el fondo mostraban envidia por su genio literario y político, por su independencia. Me llamó la atención que los argumentos de Antonio Rodríguez en contra de la supuesta perversión de Revueltas, hayan sido, diez años después, justo contrarios a los consejos que me dio para rechazar el realismo socialista. Nada más sorprendente fue recordar, en estos días de extremo envilecimiento político, un juicio político hecho a quien veía más allá de una idílica reunión de cuadros profesionales del comunismo que jamás tuvieron obra propia y menos la grandeza que consiguió José Revueltas. Las críticas que lo descalificaban, de Ramírez y Ramírez, de Lombardo Toledano, de Antonio Rodríguez y de Pablo Neruda, fueron demoledoras para el joven escritor. Las llegó a aceptar con titubeos e indecisión. Llegó a escribir que estaba de acuerdo con ellas, algo inexplicable.

Las defensas de Pepe, insiste Escudero, son tímidas, indecisas. Se debatía entre una inmerecida lealtad y su conciencia crítica por naturaleza. José estaba cercano a Sartre porque habían llegado por rutas distintas a la pasión crítica, a la pureza intelectual, pero en algo estaban claros: el grave error de quienes intentaron llevar a cabo una revolución marxista fue la total ausencia de crítica. *El Capital* no era la Biblia ni Marx, Dios, era necesario no torcerle tanto el brazo al pensamiento marxista para que creciera sano. Pero ya en manos de Stalin y de la idea quizá razonable del socialismo en un sólo país, a todos nos pidieron por décadas fidelidad perruna, lo grave es que los cancerberos eran de una total inmoralidad y de un bárbaro autoritarismo que impuso a Marx a sangre y fuego, como esparcieron su fe los cristianos por el mundo.

José Revueltas sufrió por la ausencia de un marxismo inteligente, porque sus camaradas y colegas e incluso amigos mostraban sólo incomprensión. Intentó dar su propia lucha más allá de polémicas sobre arte donde sólo él sabía del tema, y creó primero una organización espartaquista, leninista, más adelante sumándose a los movimientos sociales naturales, como en Francia había hecho el

propio Sartre, pero nada fue suficiente y quizá Pepe no se dio cuenta que su gran camino ya estaba trazado en libros memorables, cuentos y novelas prodigiosas. Pensaba y pensaba en cómo probar que el proletariado mexicano carecía de dirección, es decir, de cabeza, en lugar de seguir la ruta literaria, donde era el mejor. Algo peor, su sencillez, su humildad, se lo impedían. Sí, su estilo a veces rayaba con el de Dostoyevsky más que con el de Proust, y en materia de militancia no parecía personaje de Gorki o de Babel, sino estaba marcado por la generación de Mayakovsky quien terminó en pavorosos campos de concentración o suicidándose para escapar de la aberración que Stalin y los suyos creaban y que no sólo afectó a México sino al mundo entero.

No es fácil, desde el siglo XXI observar a la izquierda mexicana y su incapacidad para construir. La mayoría eran personajes de mala novela escrita bajo el dogmatismo del realismo socialista, más correctamente desde la perspectiva del maniqueísmo soviético: todo era blanco y negro. Stalin era bueno y sabio y los demás sus títeres. Cuando ocurrió el XX Congreso y Jruschov habló de los crímenes de Stalin, en México, Antonio Rodríguez escribió que al saberlo corrió llorando a destruir el retrato de Stalin que pendía en su biblioteca. Diego Rivera iba y venía del comunismo de Stalin al de León Trotsky. ¿Para qué hablar de los militantes que padecían las consecuencias de una pésima conducción o que eran piezas de un rompecabezas que se jugaba en Moscú, donde el PCUS no tenían idea de lo que era México? Recordar los casi veinte años que pasé en el PC es una pesadilla que mi sentido del humor convirtió en casi una fiesta: regaños, exigencias de autocríticas, diezmos, camaradas insolentes, intolerantes, la insistencia en que yo era un "liberal" o un "pequeñoburgués", el malestar porque no pasaba pobrezas o porque me vestía con traje, como si todos aquellos empleadillos, modestos académicos, periodistas de poca monta, artistas fracasados, fueran los representantes del proletariado que ya rugía en las calles para tomar el poder y dar paso a la creación del hombre nuevo.

El libro de Roberto señala el amor desmedido que Pepe sentía por sus hermanos, particularmente por Fermín y Silvestre. La muerte de ambos es una historia triste que José supo enfrentar. Vale la pena leer o releer los párrafos llenos de pasión y amor que escribió sobre el alcohol del músico, lo equipara con el de Baudelaire y el de Poe, son atroces y creativos, consumen al artista. A Silvestre lo quemaba la bebida y el arte. José estaba peor: sufría, además del arte y el alcohol, la militancia.

Roberto Escudero se suma a otros que han mostrado al verdadero José Revueltas, digno, valiente, de enorme talento literario, dueño de un natural espíritu crítico, sincero, solidario, cordial y buen amigo, camarada impecable que desdeñó el camino que a muchos intelectuales mexicanos ha llevado a un éxito enorme y que quizá sea efímero o no dure cincuenta años de los quinientos que llevamos leyendo a Cervantes. Una vez, en una mesa redonda televisiva, alrededor de 1960, donde brillaban Yáñez y Vargas Llosa, entre otros muchos novelistas latinoamericanos, el conductor, Álvaro Gálvez y Fuentes, pidió una última intervención a cada uno de los participantes: Vargas Llosa lanzó pirotecnia, pidió cultura, talento, agudeza, ambición y así los demás. En su turno, Pepe se limitó a recomendar humildad a los jóvenes escritores. Jamás olvidaré la muerte

de Pepe, su velorio en Gayosso, esperando la llegada de su hija Andrea, la tristeza de Emma, su últi ma mujer, unos cuantos amigos y muchos jóvenes que tal vez no lo habían leído pero respetaban su entereza y lealtad a un marxismo crítico e incorruptible. En el entierro Roberto Escudero me pidió que hablara, pero hubo un forcejeo brutal con la burocracia priista, tanto que Rosaura Revueltas pidió que le permitieran hablar al secretario de Educación Pública, en representación del presidente López Portillo, entre gritos y jaloneos el ataúd de Pepe fue devorado por la tierra del Panteón Francés, mientras el camarada Martín Dosal le reclamaba al burócrata su presencia. Ese momento fue natural en la vida agitada de un luchador social notable y un escritor de genio, luego, muchos años después, vi una foto donde caminamos hacia el cementerio con el ataúd un grupo de leales. Está en el espléndido libro de Álvaro Ruiz Abreu sobre el autor de *Dios en la tierra*, *Los errores* y *El apando*. Al final, tres camaradas de Pepe nos separamos y fuimos a beber desesperadamente. Luego reactivé mis relaciones con el PC y llegué a ser parte de la dirección colectiva de *Historia y Sociedad*, con Sergio de la Peña, Roger Bartra y Enrique Semo. Allí me tocó lo natural: el suicidio del Partido Comunista y tomé la decisión de convertirme no sólo en crítico del PRI sino de todos los partidos y del sistema en su conjunto. Para qué seguir haciéndome pendejo mis años finales.

En lo sucesivo los encuentros entre Roberto Escudero y yo se tornaron formales, intercambio de saludos afables en los pasillos de la UAM-X, no más. Hoy este libro me parece importante porque llena no el hueco de cuatro meses o un año, señala pistas sobre la enorme tragedia que vivió José Revueltas, pistas que debemos seguir para tener una visión completa del hombre que jamás pudo desligar la lucha política del arte. Los comentarios si las novelas son desordenadas y caóticas, si sus cuentos son mejores, si sus personajes no acaban de estar bien diseñados, son pura palabrería pedante de quienes insisten en verlo no como el gran escritor que fue sino como un hombre consumido por el fuego interno. Recuerdo una polémica en Alemania, estábamos unos veinte escritores mexicanos discutiendo el 68 mexicano, alguien se confesó autor de intensidades. Me permití comentar que en las letras mexicanas el único que había escrito con intensidad era Revueltas, la belleza de cada frase, de cada párrafo, la edificación de sus tramas, la manera en que sus personajes son descritos, su poderosa prosa, sus imágenes a veces rayanas con textos bíblicos, todo ello es irrepetible, no importa que nuestros críticos literarios sigan obsesionados en las figuras de más ventas y no en las de mayor talento y genialidad. A Roberto Escudero le agradezco su libro *Un año en la vida de José Revueltas*, me trajo muchas cosas a la memoria, combates siempre perdidos, discusiones infinitas para nada, oportunismo generalizado, cinismo, brutalidad, las esperanzas en una URSS que se iban diluyendo y una izquierda mexicana desastrosa, sectaria, dogmática, incapaz de crear un gran partido al servicio del proletariado. Más aún, la figura inerme, romántica, generosa de Pepe, su ingenio y simpatía con los cercanos, su sentido del humor y la tragedia de quien nace fuera de época y siempre navega a contracorriente, con desesperación, , tratando de poner en práctica la ideología que desde niño hizo suya y a la que mucho le añadió.